



Francisco Zarco

FRANCISCO ZARCO.

1829-1869.

I.

NACIMIENTO, INFANCIA, PRIMEROS AÑOS JUVENILES, VIDA BUCROCRÁTICA.

Se ha dicho que el periódico es una cátedra ó una tribuna; pero no es ni lo uno ni lo otro.

La cátedra siembra verdades en un corto número de inteligencias, y sus inciertos frutos sólo pueden recogerse en un lejano porvenir; la cátedra es, por lo mismo, el generador de una fuerza futura, más que una verdadera fuerza del presente.

La tribuna ejerce su acción sobre un número de individuos casi tan restringido como la cátedra, y lleva en su propia naturaleza una causa de debilidad que hace más limitado el poder que en la tribuna se reconoce. No se dirige por lo general á ánimos libres, á los cuales el reconocimiento de una verdad pueda desviar de una ruta previamente adoptada. Casi siempre se dirige á espíritus preocupados que tienen tomada de antemano una tenaz resolución, y que podrán convencerse algunas veces, pero casi nunca persuadirse, aunque la tribuna fulmine sobre ellos todos los rayos de la elocuencia.

La cátedra y la tribuna son, pues, fuerzas efectivas, pero no siempre eficaces; y tienen como cualidad peculiar el ejercer su influencia en una esfera de acción muy limitada.

No sucede lo mismo con el periódico; esa hoja leve, que puede cambiarse en formidable, tiene un auditorio indeterminado; se dirige lo mismo al grande que al pequeño, al rico que al pobre, al joven que al viejo, al sabio que al ignorante; en una palabra, á la multitud.

He ahí por qué el periódico es algo más que la cátedra y la tribuna. No tiene el carácter augusto de la primera, ni el brillante aparato de la segunda; pero presta mayores y más inmediatos servicios á la sociedad que ambas, porque mejor que ellas puede conmover el espíritu público y encaminarlo á una tendencia provechosa.

Además, en la cátedra y en la tribuna no hablan más que aquellos poquísimos que hasta ellas han podido llegar; en el periódico,

por el contrario, lo mismo puede hacerse oír el anciano cargado de ciencia que el joven lleno de ilusiones, siempre que uno ú otro tengan alguna idea que exponer ó alguna verdad que proclamar.

Esta universalidad de la prensa, a í en quienes llevan la voz en el periódico como en quienes escuchan esa misma voz, hace de ella una potencia tan incontestable, que desde su aparición en las sociedades han tratado de avasallarla los poderosos, porque han visto en ella un temible medio de corrección á sus abusos.

Por eso el periodismo ejercido con conciencia ha ido siempre acompañado de la persecución, pues nunca ha dejado de haber tiranos de las nobles ideas ni verdugos de los que han sido sus apóstoles.

Los héroes del periodismo—porque también los ha tenido—no sólo han ejercido una honrada tarea, no sólo han llenado un alto deber, no sólo han cumplido una noble misión, no sólo han ejercido un sacerdocio; han hecho más que todo eso: han sufrido un martirio.

De allí proviene la grandeza del esclarecido liberal cuya figura tratamos de esbozar aquí.

Don Francisco Zarco sufrió tantas amarguras por defender heroica y perseverantemente las ideas liberales, tan oprimidas en su tiempo, que la historia debe considerarlo, más que como un sacerdote, como un mártir de la libertad.

Algunos rasgos de su vida bastarán para convencernos de ello.

Nació Francisco Zarco el día 4 de Diciembre de 1829 en Durango. Su padre, el antiguo insurgente D. Joaquín Zarco, era en aquel tiempo Secretario de Gobierno del Estado de Durango; pero un tumulto de esos que tan frecuentes eran entonces, le obligó á salir precipitadamente de la ciudad de su residencia, acompañado de su esposa, la Sra. María Mateos, y de toda la familia, con dirección á México. Francisco no tenía más que unos cuantos meses de edad, y metido dentro de un cajón hizo su entrada en la capital, en que tantas persecuciones y tantos contratiempos había de sufrir.

Establecida la familia Zarco en México, no por eso el jefe de ella se apartó de la vida fa-

tigosa y accidentada del soldado; y esta circunstancia hizo que cuando el niño Francisco comenzó á sentir sus primeras impresiones, su corazón recibiera en toda su plenitud la influencia del cariño maternal, que tanto había de contribuir á la formación definitiva de su carácter.

El coronel Joaquín Zarco era un liberal intransigente, siempre enérgico, un poco brusco, casi despótico. Francisco, al parecer, recibió por herencia fisiológica el temple de su padre para sostener firmemente sus convicciones á través de cuantos infortunios pudieran acarrearle, pero no heredó su brusquedad soldadesca. Si aquel niño hubiera crecido y se hubiese empezado á formar hombre bajo la tutela directa de su padre, quizá habría adquirido la misma efervescencia de ideas de él y su misma rudeza de carácter. Pero la vida activa del coronel establecía entre él y su familia un alejamiento involuntario, y ésto hacía que los niños concentraran sus afectos en su madre, amoldando así poco á poco sus propensiones al carácter maternal.

De ahí provino sin duda ese doble matiz del carácter de Francisco Zarco: fué enérgico, firme y valeroso, como su padre; pero al mismo tiempo, afable, modesto y afectuoso como su madre.

Bajo la dirección de un profesor de cierta notoriedad, apellidado Rico, comenzó su educación primaria. Desde un principio se distinguió por sus felices disposiciones para el estudio. Mostraba perspicaz inteligencia y una memoria admirable. Esta facultad le permitió aprovechar la rara oportunidad que se le presentó en otro de los colegios en que continuó educándose, de estudiar los idiomas francés, italiano é inglés, que un profesor extranjero enseñaba á la sazón con muy buen éxito. La adquisición gradual de estos idiomas le fué poniendo en aptitud de ampliar sus lecturas, que fueron casi las únicas distracciones que pudo procurarse en su vida.

Tendría unos diez años, cuando su padre fué nombrado Secretario de Gobierno del Estado de México, siendo Gobernador el Sr. Francisco Olaguibel. Allí se trasladó su familia.

Un día que el Gobernador pasaba junto á un grupo de muchachos, le llamó la atención que uno de ellos comentase algo que había referido á sus compañeros, con un tino y una sensatez excepcionales en una inteligencia infantil; volvió la vista, y en el muchacho que había reconocido á Francisco, uno de los hijos de su Secretario. Refirióle á éste su observación, y le propuso se encomendara al niño para que lo formara en un discurso patriótico

para que lo pronunciara en las festividades del 16 de Septiembre que ya se acercaban.

Francisco cumplió bastante bien su cometido, y con aquel discurso dió sus primeros pasos, vacilantes aún como era de esperarse, en la vida literaria y pública, á las cuales había de consagrarse por entero. Tenía entonces como doce años.

Algún tiempo después, nuevas peripicias en la vida del coronel Zarco, hicieron que su familia volviera á México.

Francisco había terminado la educación primaria, y entró como alumno á la Escuela de Minas, en donde estudió dos años, obteniendo el aprovechamiento que en cualquiera clase de estudios le aseguraban su dedicación y su inteligencia.

Pero habían llegado para la familia tiempos difíciles. El coronel Zarco, ya viejo y achacoso, había solicitado y obtenido su retiro, y en la casa comenzaban á sentirse las privaciones.

Francisco apreció exactamente la situación, y obedeciendo á esos impulsos de generosidad y de amor á su familia que la más ruda adversidad no lograría amortiguar en lo venidero, renunció á los estudios, y se decidió á trabajar en aquello que le fuese posible, para aliviar con el producto de su trabajo la pobreza en que se encontraban sus padres y sus hermanos.

¿Qué elementos morales é intelectuales llevaba á la vida laboriosa que se proponía abrazar? ¿Qué fuentes productivas de su individualidad iba á poner en explotación para realizar su laudable propósito? Hélas aquí: una inteligencia penetrante y segura, amor apasionado al estudio, y constancia en el trabajo, que más tarde había de convertirse en tenacidad. Como instrucción adquirida poseía bastante bien los idiomas francés, inglés é italiano, y el conocimiento de ellos, unido á su atención á las lecturas escogidas, le había hecho conocer las otras clásicas escritas en esas lenguas, desarrollando en él el buen gusto literario y despertando en aquel espíritu aún indeciso los instintos de escritor. Fuera de los dos años que había cursado en la Escuela de Minas, Zarco no podía envanecerse de haber hecho estudios académicos de ninguna clase; pero ese corto período de trabajo intelectual disciplinado no podía menos de traer provecho á una inteligencia tan dócil como lo era la suya. Quizá esos estudios severos, que tienen por principio, medio y fin, la exactitud matemática, desarrollaron en él esa propensión á la verdad, ese tino en la manera de buscarla y esa solidez de raciocinio que con-

tituirían más tarde el fondo de su personalidad periodística y tribunicia.

Algún valor intrínseco tenían, pues, las facultades intelectuales y las cualidades morales que el joven Zarco trataba de poner en actividad para auxiliar á su familia y preparar su propio porvenir. ¿Pero como conseguirlo? Zarco no veía delante de sí un camino recto, en cuyo final vislumbrara la realización de sus deseos. Pero, como todos los hombres de un valer real, confiaba en que el tiempo, las circunstancias y su propia observación le marcarían la ruta que mas rectamente le podía conducir á la consecución de su doble objeto.

Animado de estas esperanzas, se resignó á aceptar, como principio de la carrera aún desconocida á que la suerte había de destinarle, una plaza de meritorio en el Ministerio de Relaciones, plaza que era lo único que entonces estaba á su alcance, ó mejor dicho, al alcance de su padre, cuyas relaciones sociales iban siendo cada día más reducidas, desde que se le había acordado su retiro.

Como resultado de esta determinación, Zarco era por el año de 1846 meritorio en una oficina del gobierno. Su carrera burocrática empezó, sin embargo, bajo halagadores auspicios, pues á poco tiempo de estar haciendo méritos, es decir trabajando sin retribución, fué nombrado traductor de planta, asignándosele un sueldo modesto, pero que bastaba á satisfacer sus aspiraciones del momento.

Las nuevas funciones le pusieron en más frecuente trato con el Ministro de Relaciones del cual dependía, y que lo era á la sazón D. Luis de la Rosa. Pronto advirtió este funcionario las excelentes facultades del nuevo traductor y comenzó á distinguirle con su estimación.

Al año siguiente, 1847, el gobierno de la República se trasladó á Querétaro, urgido por los terribles acontecimientos sobrevenidos en la guerra que el país sostenía contra los Estados Unidos.

Esta situación anormal de la República hacía que el Ministerio de Relaciones fuese uno de los que más incesantemente tenían que funcionar. Con la traslación á Querétaro, con la escasez de dinero, con la irregularidad y á veces falta absoluta de pagos, el gobierno estaba sufriendo incontables deficiencias en el servicio de sus oficinas. Muchos empleados le habían abandonado. Y no obstante esos contratiempos, había necesidad imprescindible de hacer frente á la situación.

Entre los pocos subalternos que continuaban ayudando á los altos funcionarios á sobrellevar el peso del gobierno, agobiador en aquel tiempo de guerra contra los invasores norte-

americanos, se distinguía por su constancia y por su actividad Francisco Zarco.

Pertenecía al escaso número de aquellos hombres de corazón que comprenden que en tiempos tempestuosos para la patria, se la debe servir no por retribución sino por patriotismo.

Fiel á esta máxima, quizá más sentida que pensada, Zarco multiplicaba sus esfuerzos y era un auxiliar importantísimo del gobierno, particularmente del Ministro de quien dependía.

El Sr. de la Rosa, que había llegado á apreciar en todo su valor la aptitud, perseverancia y patriotismo de Zarco, lo nombró Oficial Mayor de su Ministerio, haciéndole salvar así, gracias á su mérito, todos los ascensos intermediarios.

Zarco tenía entonces 18 años no cumplidos.

En su nuevo cargo, pudo dar más amplitud al desarrollo de sus facultades. El estado anormal en que el país se encontraba, y que reflujó sobre el gobierno, había borrado temporalmente los límites que separan las funciones de las diversas secretarías de Estado, y esta circunstancia obligaba al joven Oficial Mayor de la de Relaciones á iniciar, consultar ó expedir disposiciones en varios de los ramos administrativos, para combatir el embotamiento en que se encontraba el despacho de los asuntos públicos á causa de la guerra.

La memoria, esa facultad que en tan maravilloso grado mostró Zarco desde sus primeros años, se había hecho en él más firme en vez de debilitarse, como comunmente sucede en la época de la vida en que el entendimiento y el raciocinio empieza á adquirir solidez.

Esta facultad le permitió en Querétaro hacer la crónica fiel de las sesiones de una junta de gobernadores que se convocó en esa ciudad, y que tenía por objeto acordar los medios de arbitrar recursos para continuar la guerra.

Aquellos trabajos le sirvieron como de aprendizaje para emprender más tarde otros análogos á propósito del Congreso Constituyente de 1856 y 1857, cuya historia imparcial y bastante completa escribió, sirviéndose de notas tomadas al vuelo en las sesiones, y que después, gracias á su extraordinaria memoria, amplificaba hasta formar una reseña exacta de lo que en la Cámara acontecía.

Terminada la guerra contra los norteamericanos, el gobierno general fué de nuevo establecido en México por el presidente Herrera, á donde le siguieron sus funcionarios y empleados.

Durante la administración de Herrera, Zar-

co, aunque en perpetua actividad intelectual, llevó una vida oscura, tranquila, extraña al bullicio del periodista batallador, á la cual, sin embargo, le destinaban fatalmente sus instintos, su temperamento y sus opiniones.

II.

SUS PRODUCCIONES COMO PERIODISTA SATÍRICO Y LITERARIO

Elevado el general Arista á la presidencia, Zarco pensó en adoptar una actitud definitiva, producto natural de su manera de pensar y de los acontecimientos que en torno suyo veía verificarse.

El general Arista se mostró desde sus primeros actos liberal moderado; no porque sus opiniones fuesen indecisas ó poco sinceras, no, por el contrario, Arista amaba con entusiasmo el liberalismo, pero sabía que en derredor del gobierno se levantaban aún poderosos elementos reaccionarios á quienes era peligroso exasperar. No se le ocultaba que era indispensable dar el golpe de gracia al partido clerical, vestigio potente del autocratismo español; pero comprendía que el liberalismo no tenía aún la fuerza indispensable para dar muerte á su rival en el caso de empeñarse la lucha, y de allí provenía esa templanza de su administración, que los liberales exaltados no podían menos de ver con malos ojos, y que tampoco podía llenar las aspiraciones del partido reaccionario.

Este antagonismo entre las opiniones de Arista y la conducta que se creía precisado á seguir, lo colocó en una posición falsa, que llenó de descontento á los exaltados, los cuales pronto se declararon contra él.

Zarco, partidario ferviente de la libertad y enemigo de toda dependencia que pudiera primar sus ideas, no tardó en decidirse entre el gobierno y la oposición. Se apartó del primero y se afilió en la segunda, dispuesto á desplegar en la defensa y propaganda de sus ideas toda la fuerza moral que sentía agitarse dentro de sí.

En cumplimiento de su propósito, lanzó á la publicidad *Las Cosquillas*, periódico satírico, que había de ser el pedestal sobre el cual se levantaría su popularidad venidera.

Las Cosquillas adoptó un programa en todo conforme con las ideas del partido exaltado. Varios liberales colaboraban en él, pero era Zarco quien daba al periódico el tono general, era él quien lo salpicaba de chis-es, de ocurrencias y de humoradas que lo llenaban de atractivo. *Las Cosquillas* era una especie de linterna mágica en la cual aparecían unos tras otros ó unos junto á otros, todos los personajes prominentes de la época, con su fisonomía peculiar, sus gestos, sus actitudes ha-

bituales, sus ridiculeces y defectos. Y esos croquis, esos perfiles y esos rasgos estaban es- critos con tanto tino y gracia y con tan fina mordacidad, que el periódico se hizo luego popular y su principal redactor adquirió pronto esa reputación brillante que se adhiere á los escritores políticos satíricos.

Los atrevidos ataques de *Las Cosquillas* al gobierno, contribuyeron no poco á aumentar el desprestigio de la administración Arista; y la parte que en su caída haya tenido aquel periódico, debe de haber pesado sobre Zarco como un remordimiento, cuando los desastres y crímenes gubernativos posteriores le hicieron apreciar en todo su valor la rectitud del virtuoso gobernante á quien con tanta rudeza había atacado.

Zarco había visto ya, gracias á su mérito, abrirse las puertas de la redacción del *Siglo XIX*, en el cual escribió durante algún tiempo en calidad de colaborador.

Más interesantes fueron por entonces sus trabajos en *La Ilustración Mexicana*, periódico literario que también puso sus páginas á la disposición del escritor de moda.

En la *Ilustración*, cuyo quinto tomo lo escribió Zarco en su totalidad, publicó con el pseudónimo de *Fortún* multitud de hermosos artículos literarios, críticos, de historia y de costumbres.

Al mismo tiempo que colaboraba en el *Siglo XIX*, ideó el publicar por entregas una obra á la que dió el título de *Presente Amistoso*, y que tenía por objeto distraer al bello sexo, fortaleciendo á la vez su sentido moral y despertando su afición á las lecturas literarias.

En esa obra, de la cual se hizo después una edición en volumen, escribió bonitos artículos narrativos, descriptivos y morales, que tuvieron muy buena acogida.

En los escritos de Zarco hasta entonces publicados, aparecían ya, aunque un tanto indecisas, no bien delineadas aún, las cualidades que después habían de caracterizar al publicista ya formado y al tribuno. Buen sentido como fondo esencial y exactitud en el raciocinio, auxiliados por una variada instrucción en las ciencias políticas y en el arte literario; tales eran los caracteres de sus diversas producciones. El estilo que en ellos campeaba era fácil, ligero, pintoresco algunas veces y con frecuencia incisivo y mordaz.

Hasta esa época, Zarco, aunque había sufrido algunos sobresaltos á causa del enojo oficial cuando *Las Cosquillas* había estado en boga, ignoraba aún lo que era verdadera persecución. Habiendo saboreado de la vida periodística sólo su parte agradable, lo eran to-

talmente desconocidas las otras fases de ella. Pero se acercaban los tiempos en que el joven escritor liberal había de comenzar á probar toda la amargura de la vida pública.

III.

ZARCO PERIODISTA POLÍTICO, CONSPIRADOR Y REPRESENTANTE DEL PUEBLO.—SUS RECRIMINACIONES Y TRABAJOS EN EL CONGRESO CONSTITUYENTE.

Cuando sólo tenía veinte años, esto es, en 1849, Zarco ingresó á la Redacción del *Siglo XIX*, en calidad de jefe de ella.

Sus trabajos con ese carácter iban á ser más serios, su tarea más importante, y su personalidad, con este motivo, empezaba á destacarse con toda su grandeza.

Su aspecto físico nada tenía de particular; era un joven de mediana estatura, delgado, de complexión nerviosa, la que daba á su fisonomía una gran expresión. Sus espesos y finos cabellos negros, su alta y despejada frente, su larga nariz, sobre la que descansaban constantemente los anteojos incoloros, su bigote castaño terminado en puntas dirigidas hacia abajo, su mirada vivaz, realizado todo esto con una sonrisa burlesca, eran los rasgos prominentes de aquella fisonomía aguda hasta en su forma, que tan bien conocida iba á ser desde entonces, así de amigos como de enemigos, así de los amantes apasionados de la libertad como de los eternos verdugos de ella.

La nación se encontraba entonces dividida en dos bandos: el liberal, entusiasta y activo por ser joven, y el reaccionario, fuerte y altanero por haber echado raíces profundas entre la masa ignorante del pueblo, numerosísima en aquel tiempo. Ambos partidos se encontraban en lucha abierta, y el país todo no era más que un vasto campo de batalla donde uno y otro trataban de exterminarse mutuamente.

Justo es, sin embargo, hacer constar que si del lado de alguno de los dos bandos había mayores peligros y más temibles amenazas para quienes se les afiliaban con decisión, era seguramente del lado del bando liberal.

El Sr. Ignacio M. Altamirano lo explicaba en muy pocas y elocuentes palabras.

“Levantábanse entonces—decía—dos colosos que cerraban el camino al adelanto del pueblo: la tiranía política y el fanatismo religioso. El primero amenazaba con los cadalsos, el segundo con los anatemas, que aún conservaban su prestigio y hacían proscribir al libre-pensador de todos los círculos de la vida social. Se sabe lo que son en todas partes las dictaduras militares y los sacerdotes formando alianza para dominar á los pueblos.

“Ahogan en sangre al atrevido que levanta una voz para arrebatárles sus víctimas.

“Se necesita entonces para hacerles frente una alma inspirada, un corazón templado para sobreponerse á los peligros del combate, la abnegación grande de sacrificar el bienestar personal á la felicidad común, y la más grande todavía de no recoger más fruto que la ingratitud pública y el odio de los mismos por cuyo interés se ha derramado la sangre ó se ha consumido el corazón.”

Zarco, no obstante que tenía un presentimiento de los sinsabores que le reservaba el porvenir, tuvo esa heroica abnegación; hizo su enemigo jurado del despotismo político, militar, teológico y bajo todas sus formas, mostrándose defensor incansable de la libertad y de los derechos del pueblo, cuyos sufrimientos y miserias no podía contemplar sin conmovirse.

Cuando sus trabajos tomaron una dirección manifiesta en ese sentido, comenzaron también los espionajes de la policía, las visitas intempestivas de los esbirros á la Redacción, las multas crecidas y arbitrarias.

Pero antes de llegar á esa situación de constante zozobra, que había de hacerse habitual bajo el gobierno reaccionario, tuvo la satisfacción de que sus trabajos en favor del progreso del pueblo fuesen estimados en lo que valían, siendo una prueba de ello, el hecho de que la fuerza de la opinión pública lo señalase para ocupar un lugar en el Congreso de la Unión, siendo nombrado en consecuencia diputado suplente por uno de los distritos del Estado de Yucatán, el año de 1851.

En 1852 la situación de los liberales empezaba á estar seriamente comprometida con el levantamiento provocado en Guadalajara por la reacción, llegando á mayor grado de tirantez en 1853, con el advenimiento de Santa-Anna.

Fué entonces cuando las amenazas, las persecuciones, los encarcelamientos, los destierros, empezaron á caer como lluvia maldita sobre cuantos profesaban ideas liberales, y particularmente sobre quienes mostraban ardor en su propaganda.

La vida incierta de los periódicos en esa época de imbecil tiranía, obligó á Zarco á dejar la vida del escritor metódico y sedentario, que sólo es posible en tiempos normales, y á tomar la vida nómada del conspirador, del folletista acosado, del fugitivo, del hombre peligroso señalado por el dedo del tirano.

Su actividad se desbordaba aún en las logias masónicas, de las que era miembro prominente, y donde emprendió trabajos importantes en sentido liberal, que fueron los precursores de la Constitución de 1857.

Vino la revolución de Ayutla, y Zarco se